

EL PENSAMIENTO FILOSOFICO DE JUAN PABLO II¹

1.- La Biografía filosófica de Juan Pablo II.

La aportación de Juan Pablo II no se reduce a su labor como sucesor de Pedro. El 13 de octubre de 2003 Giovanni Reale comentaba al momento de presentar el nuevo libro de “Karol Wojtyla” que el Papa como pocos se ha manifestado en “*aquellas tres formas que Hegel entendía como las supremas categorías del Espíritu absoluto, esto es, a través del <arte>, < la filosofía> y < la religión>*”.

En efecto, en primer lugar Wojtyla desde los dieciséis años se abrió a la experiencia como factor fundante del pensamiento y de la acción a través de su contacto con el Teatro Rapsódico desarrollado por su maestro y amigo Mieczyslaw Klotarczyk. El teatro para Wojtyla no es una mera escenificación superficial de alguna historia sino es un lugar privilegiado en que la vida se vuelve palabra y la palabra se vuelve vida². La palabra que quiere ser palabra- viva no puede ser pensada sin el movimiento, sin el gesto, sin la acción. El actor al moverse y gesticular es aquel que no solo se torna un “personaje” sino el sujeto que porta un problema, el problema que toda representación de esta naturaleza intenta comunicar y resolver. Así entendidos los términos esenciales del teatro, no es difícil afirmar que existe una dimensión propiamente dramática de la personalidad de Wojtyla – Juan Pablo II que ha permanecido aún en su Ministerio al frente de la Iglesia católica. Esto no quiere decir que Juan Pablo II actúe una suerte de caracterización figurada o ficticia sino que su persona trata de manifestar a través de un amplio gesto – su acción pastoral – el modo como el problema fundamental de la vida ha encontrado su respuesta definitiva en una Verdad que trasciende lo humano sin negarlo.

En segundo lugar vale la pena recordar que a los veintitrés años, Wojtyla se enfrenta por primera vez al estudio de la filosofía a través de un texto escrito por un miembro de la escuela tomista- trascendental de Lovaina: Kazimierz Wais. Este maestro (1865-1934) estudió en Innsbruck, Roma, Friburgo, Lovaina, Fulda y Breslau, siendo alumno del Cardenal Mercier. El libro en el que Wojtyla se inicia en la filosofía fue *Ontologija czyli Metafísica ogólna* de K. Wais, Lwów (1926). Solo de manera posterior entrará en relación con el tomismo existencial de autores como Etienne Gilson o Jacques Maritain. Stefan Swiezawski acerca a Wojtyla a E. Wilson y J. Maritain hacia el mismo año 1956. El encuentro personal de Wojtyla con R. Garrigou-Lagrange es de 1946. Nuestro filósofo nunca asumirá como propias las tesis clásicas del tomismo lovainense. Sin embargo, ya desde estas lecturas, la preocupación por encontrar

¹ Agradecimiento en especial al Dr. Rodrigo Guerra López, Doctor en Filosofía por la Academia Internacional de Filosofía en Liechtenstein, y profesor de Metafísica de la Facultad de Filosofía de la Universidad Panamericana (México). De su trabajo titulado “*El aporte filosófico de Juan Pablo II*” del 20 de octubre de 2003, hemos tomado las mejores aportaciones de esta conferencia. También de Josep M Coll, por su colaboración “*Fides et ratio. Relación fe-razón*” expuesta en la sede de la Facultat de Filosofia de Catalunya (URL).

² *Sul Teatro Della parola; Il dramma Della parola e del gesto; Prefazione a “L’arte Della parola viva” di Mieczyslaw Kotlarczyk*, en K. Wojtyla, *Tutte le opere Letterarie*. Testo polaco a fronte. Presentazione dei G. Reale, Saggi introduttivi di B. Taborski, Bompiani, Milano (2001)

una vía que permita conciliar la filosofía del ser con la filosofía de la conciencia marcará su itinerario intelectual de manera definitiva.

Es precisamente en esta ruta,- en la que el problema de la subjetividad aflora como un desafío por comprender desde la metafísica del ser-, que Wojtyla realiza una doble revisión crítica: por un lado a los treinta y tres años de edad revisa los límites y alcances temáticos y metodológicos de la filosofía moral de Max Scheler³. Por otro, de los treinta y cuatro a los cuarenta años reconoce en diversos ensayos explícitamente el valor de la metafísica tomista pero, simultáneamente, señala algunas deficiencias debidas a su marcado enfoque cosmológico y objetivista. Estas valoraciones se profundizaran y se articularán especulativamente al paso del tiempo y permitirán el desarrollo de sus dos obras mayores *Amor y responsabilidad* y *Persona y acto*.

Para Wojtyla la contraposición entre subjetivismo y objetivismo, entre idealismo y realismo demanda en la actualidad un esfuerzo de superación. Como él mismo dice: “la línea de demarcación entre la aproximación subjetiva (de modo idealista) y la objetiva (realista), en antropología y en ética debe ir desapareciendo y de hecho se está anulando a consecuencia del concepto de experiencia del hombre que necesariamente nos hace salir de la conciencia pura como sujeto pensado y fundado “a priori” y nos introduce en la existencia concretísima del hombre, en la realidad del sujeto consciente”⁴

Este y otros textos perfilan la convicción de Wojtyla respecto a que una auténtica filosofía de la conciencia tiene que reconocer al interior de su propia dinámica la exigencia objetiva y trascendente de lo real. Así mismo, una auténtica filosofía del ser tiene que reconocer que la subjetividad no solo es un dato objetivo sino que es el lugar de revelación del ente en su sentido más propio, esto es, la persona, lo más perfecto en toda la naturaleza.

En tercer lugar, no es posible ignorar que el motivo fundamental que dinamiza la vida de Karol Wojtyla es su encuentro con la experiencia cristiana. Mucho se ha escrito sobre este aspecto, aún por parte del propio Santo Padre. Él mismo muestra a través de su vida que la esencia del cristianismo tiene que ser recuperada ante la facilidad con la que ésta es reducida a aspectos importantes pero derivados. En la visión de Karol Wojtyla las comprensiones puramente morales, rituales o extrínsecas ceden ante la evidencia de lo primario: Jesús es una persona viva que se hace encuentro y el encuentro se suscita a través de los amigos que con su presencia recuperan esta evidencia. En la historia personal de Wojtyla la relación con su padre, con el sastre Jan Tyranowski y con Mons. Adam Stefan Sapieha lo introducirán a esta perspectiva. La lectura de San Juan de la Cruz será para él una revelación respecto que este camino es correcto. De hecho su tesis doctoral en teología tendrá como finalidad objetivar la experiencia subjetiva de la fe tal y como San Juan de la Cruz la describe. Estas intuiciones adquirirán una forma más articulada, clara y amplia en la que muchos años más tarde será su Encíclica programática: *Redemptor hominis*. Cristo al unirse en cierto modo a cada hombre hace que la humanidad de cada hombre se vuelva vía para afirmar el Misterio cristiano. De esta manera, si el cristianismo no es estupor ante lo humano que Dios mismo ha querido asumir como constitutivo propio, no es nada.

³ K. Wojtyla., *Max Scheler y la ética cristiana*. BAC. Madrid (1982)

⁴ K. Wojtyla., *La subjetividad y lo irreductible en el hombre*, en *El hombre y su destino*, Palabra. Madrid (1998) pp. 25-39

2.- Las aportaciones de Juan Pablo II al pensamiento filosófico contemporáneo.

Sería imposible en estas páginas enunciar y mucho menos explicar todas las aportaciones filosóficas en las enseñanzas de Juan Pablo II. Sin embargo, a modo de ejemplo quisiéramos señalar algunos temas, y especialmente aquellos que muestran la presencia del enfoque personalista y fenomenológico en el interior de la enseñanza pontificia.

- Todo hombre es filósofo.

Todo hombre es filósofo nos recuerda la *Fides et Ratio*. No hay persona en la que no tomen parte las afirmaciones sobre el sentido de la vida o de la muerte, la pregunta por el dolor humano o por el significado de su acción diaria. Estas cuestiones se encuentran permanentemente oscurecidas por actividades útiles y constantes pero, a menudo, innecesarias o poco esenciales. Recuperar la confianza en la fuerza de la razón era clave para afirmar la dignidad de toda persona. La máxima capacidad como imágenes de Dios, la poseemos en el gozo por la verdad y el bien, la sabiduría mediante la cual sobrepasamos los acontecimientos cotidianos. La persona es un ser emergente de la historia y recibe del Creador una clara vocación metafísica de ultimidad.

Es en *Fides et ratio*, donde el Papa asegura la existencia de una Única Verdad, aunque exista un doble orden de conocimiento, con objeto y metodología propia. Este doble orden, filosófico y teológico, es expresión de la bondad del Creador y de la bondad de nuestro mundo. El Papa tiene especial interés es sobrepasar la desconfianza de la razón. Este optimismo proviene de la mirada creyente sobre el mundo. La persona no se abre a la trascendencia, sino que nace abierta a ella.

- El concepto de “filosofía cristiana”.

Fides et ratio defiende con claridad la noción de la verdad universal, sobrepasando los historicismos que la puedan condicionar. Tenemos la posibilidad de efectuar juicios críticos y lúcidos sobre las cuestiones últimas. No se trata de una gnosis para privilegiados. En los principios comunes a la reflexión de toda persona se encuentra la explicitación del sentido común y de la filosofía realista del ser.

“La noción de “filosofía cristiana” no debe ser mal interpretada: con ella no se pretende aludir a una filosofía oficial de la Iglesia, puesto que la fe como tal no es una filosofía. Con este apelativo se quiere indicar más bien un modo de filosofar cristiano, una especulación concebida en unión vital con la fe. No se hace referencia simplemente, pues, a una filosofía hecha por filósofos cristianos, que en su investigación no han querido contradecir su fe. Hablando de filosofía cristiana se pretende abarcar todos los progresos importantes del pensamiento filosófico que no se hubieran realizado sin la aportación, directa o indirecta, de la fe cristiana” (*Fides et Ratio*, n.76)

El reconocimiento de la filosofía tanto en el *auditus fidei* (propedéutica de la fe) como también en el *intellectus fidei* (explicación de la fe) no convierte al filósofo en un teólogo, simplemente es el contenido objetivo propio de la filosofía cristiana.

- La Persona y su comunión.

Karol Wojtyła escribió hacia 1976 un ensayo que tiene la amplitud de un pequeño libro y que pretende continuar algunos de los temas y problemas del capítulo final de *Persona y acto*. Este texto se llama *La persona: sujeto y comunidad*. En él se busca articular una teoría de la relación interpersonal que supere la noción de ínter subjetividad monadológica propia de la filosofía de Husserl. Con este esfuerzo, Wojtyła se coloca dentro de la tradición del pensamiento dialógico (Martín Buber, Emmanuel Levinas, etc.) que sostiene que la persona es un sujeto relacional llamado a la entrega sincera a los demás. Esta misma idea reaparece y se intensifica al momento en que Juan Pablo II escribe sus catequesis sobre el amor humano⁵. Dios crea al hombre, como unidad- de – los-dos, como varón y mujer, para que el hombre no esté solo. La creación del hombre es un acto comunal (de las Personas divinas) que hace radicar justamente la imagen y semejanza de lo humano con Dios en su carácter relacional. El Papa insistirá en esta idea posteriormente en *Mulieris dignitatem*: el fundamento de la imagen y semejanza con Dios no es solo la razón y la voluntad libre – como sostiene, entre otros Santo Tomás de Aquino – sino la constitutiva ordenación del varón a la mujer y de mujer al varón. Para Juan Pablo II, el ser humano ha sido creado como “unidualidad relacional”.

- La subjetividad del trabajo y de la sociedad.

Karol Wojtyła dio una conferencia en la Universidad Católica de Milán en 1977 intitulada: *El problema del constituirse de la cultura a través de la “praxis” humana*.⁶ En ella expone la prioridad del hombre como sujeto de la acción humana y su consecuencia metodológica: la acción como camino para entender a la persona. Utilizar la acción como vía para comprender mejor qué significa ser persona es posible debido a que toda actividad transeúnte posee una dimensión intransitiva sin la cual no puede apreciarse el actuar humano en sentido estricto. Existe no sólo una prioridad, entonces, metafísica sino propiamente “praxeológica” de lo humano cuando el hombre se realiza a sí mismo a través de la acción. Esta comprensión del hombre se introducirá como propuesta esencial, años después, en la Encíclica *Laborem exercens* donde se afirma la prioridad del trabajo sobre el capital, y la prioridad de la dimensión subjetiva del trabajo sobre la objetiva. La fecundidad de la prioridad praxeológica de lo humano al interior de la acción permitirá entender cómo la persona se construye a sí misma (construye en cierto sentido parte de su objetividad) al momento de construir el mundo. Además ayudará a entender que la subjetividad de la persona se participa al ser y hacer-junto-con-otros. Por lo que será posible hablar propiamente de que la sociedad posee “subjetividad” será una de las claves para comprender la propuesta de las Encíclicas *Sollicitudo rei socialis* y *Centesimus annus*. El Estado, la democracia y el mercado sólo pueden constituirse a la altura de la dignidad humana cuando se diseñan y operan a favor de la subjetividad personal y social.

- La norma personalista de la acción.

Karol Wojtyła en su obra *Amor y responsabilidad* realiza una amplia relectura de la segunda modalidad del imperativo categórico kantiano. Para nuestro autor es imposible explicar la autoteleología de la persona si esta no es propiamente un fin. Justamente su condición de fin es

⁵ *Uomo e donna lo creò. Catechesi sull'amore umano*. Città Nuova Editrice- Librería Editrice Vaticana. Città del Vaticano (1992)

⁶ En *el Hombre y su destino*, Palabra. Madrid (pp. 187-203)

la que permite entender que la persona es “digna”, es decir, posee un valor absoluto incuestionable. Este valor es el fundamento y origen de la norma más importante y primaria de todas: *Persona est affirmanda propter seipsam*; ¡Hay que afirmar a la persona por si misma y nunca usarla como medio; Karol Wojtyla denomina a este imperativo moral: norma personalista de la acción. Es curioso que justamente una de las Encíclicas de Juan Pablo II más fuertemente acusadas de ser – según algunos de sus críticos – una regresión neo-tomista sea precisamente el documento en el que la norma personalista de la acción campea en todo su planteamiento y en su formulación explícita. Nos referimos a la Encíclica *Veritatis Splendor*. En ella el fundamento de la moral no es un cierto código heterónomo, una exposición teórica de “valores” o una suerte de ideal de decencia preconcebido. El fundamento de la moral cristiana es el encuentro con una presencia.

- Apertura a la modernidad.

Al Papa no le incomoda referirse aún en documentos magisteriales a autores tan variados cómo: Carl Gustav Jung, Rudolf Otto, Paul Ricoeur, C. S. Lewis o Max Scheler. Todos ellos son mencionados en las catequesis sobre el amor humano. Él mismo reconocerá con gran libertad en la Encíclica *Fides et ratio* la aportación de Antonio Rosmini, John Henry Newman, Vladimir S. Soloviov, Jacques Maritain y Edith Stein, entre otros. En *Cruzando el umbral de la esperanza*, el Papa mostrará su admiración hacia Martín Buber y Emmanuel Levinas. También serán muy conocidas sus palabras al elogiar a figuras como Maurice Blondel⁷ y al ya mencionado Paul Ricoeur⁸ por sus aportaciones al diálogo entre la fe y la razón. En resumen, otra contribución filosófica de Juan Pablo II es precisamente el tener una lectura analítica y diferenciada de la modernidad, basada en un auténtico amor a la verdad.

No es menos cierto que la mirada de *Fides et ratio* es lúcida al hablar de la posmodernidad. Con la fragmentación de la ciencia y el pluralismo, hemos llegado a menudo a una duda escéptica que provoca silencio y infecundidad. El Papa insiste en que hay lugar para el conocimiento verdadero y para la metafísica del ser.

Al cumplirse veinticinco años del Pontificado de Juan Pablo II es preciso reconocer que el Papa ha contribuido sin dudas a renovar el pensamiento filosófico contemporáneo. “*La perfección del hombre no está en la mera adquisición del conocimiento abstracto de la verdad sino que consiste también en una relación viva de entrega y fidelidad hacia el otro*”.⁹ En efecto la persona se realiza principalmente en la entrega sincera a los demás. Tanto el evangelio como la razón natural nos muestran la verdad de esta afirmación. Toda la filosofía del Papa parece reconducirse al contenido de este texto sumamente sencillo y sumamente profundo. Toda su filosofía resulta ser una meditación de lo único necesario, un auténtico retorno a lo esencial.

Dr. Joan B. Martínez Porcell

Profesor de Metafísica y vicedecano de la Facultat de Filosofia de Catalunya (URL)

⁷ Juan Pablo II., *Carta a Mons. Panafieu, Arzobispo de Aix, con ocasión del centenario de “l’Action”*, en Observatore Romano, 12 Marzo de 1993.

⁸ Juan Pablo II, *Discurso para la entrega del Premio internacional “Pablo VI”* del 5 de Julio de 2003.

⁹ *Fides et Ratio*, n. 32